

Van den Berghe habla en algún lugar de la naturaleza ominosa de la economía y el poder, para mirar en el arte el horizonte de lo sagrado, lo lúdico y lo festivo. Motivados por esta idea, nos propusimos abrir un espacio para explorar una parte de ese lado celebratorio de la vida, indagar en ese resquicio errático e inasible, que es el arte. Como diría Jorge Juanes, el arte es un campo del pensar radical, un campo de resistencia, de no dominio, que escapa a cualquier intento de entendimiento del orden esquemático, justamente por ser un sitio cuya lógica se mueve en lo fugitivo, lo transitorio, lo contingente.

¿Cómo entonces construir un acercamiento al arte desde la antropología?, ¿cómo pretender elaborar una explicación antropológica del arte? Más aún, ¿qué signos evocar para hacer comprensible un diálogo entre antropología y arte?

Conscientes del carácter evanescente, fragmentario, del terreno que nos aventuramos a pisar, debemos reconocer que aspirar a su entendimiento es como experimentar lo angustioso de un nudo interminable que al desatarse nos anuda, un conocimiento que se ha conquistado de a poco, casi a tientas.

Desde el momento mismo de formular la invitación para participar de una posible problematización antropológica del arte, surgieron las primeras preguntas, se inició el debate. Pensar la relación arte y antropología, es el impulso inicial que mueve a interrogarse sobre el lugar que ocupa la dimensión estética y el arte en la vida de los hombres. De ahí, se desprende un segundo impulso que nos mueve a revisar el concepto mismo de arte y a distinguirlo de la experiencia estética. En la medida en que todos los hombres son portadores de una estética, excluir o mirar de soslayo esta dimensión equivale a mantener una reflexión lapidaria.

En el Encuentro *Arte, Estética y Antropología*, efectuado en la Escuela Nacional de Antropología e Historia en septiembre de 1993, pudimos constatar que a pesar de las múltiples expresiones del arte e incluso por la sana divergencia de enfoques, se comparten silencios y bullicios, certezas y desencantos. Las resonancias de una pluralidad de voces nos hablan de inquietudes compartidas, preguntas que de ninguna manera pretenden concluir la búsqueda, antes bien se presentan como señales que constituyen pistas, claves, tal vez un signo, una palabra llave.

Una de las aportaciones más significativas, es aquella que trata de dar cuenta del profundo vínculo que existe entre la reflexión antropológica y las prácticas estéticas.

Evocar la propia experiencia se planteó como una vía para avizorar respuestas. La elaboración del conocimiento científico no se reduce a la expresión de un saber, con fines meramente comunicativos; sino que pretender ser al mismo tiempo el ejercicio de crear belleza con un lenguaje propio. Podríamos decir, que en el ejercicio de la ciencia; la función poética y la expresión comunicativa no se sobreponen una a la otra, sino que se complementan, lo cual posibilita una lectura estética. De ahí, que la propuesta de Fernando López sea mirar a la ciencia como suscitadora de belleza, comprender la dimensión poética de la expresión y auto-expresión, en ese caso, del pensamiento antropológico. En este sentido, Francisco de la Peña nos convida a imaginar ese doble movimiento que consiste en pensar el estructuralismo como una estética en sí, del mismo modo que descubrir la concepción del arte, de la estética, presente en la obra de Lévi-Strauss.

Los trabajos de Bolívar Echeverría, Ingrid Geist, Carlo Bonfiglioli y Raymundo Mier, contienen una profunda reflexión que contribuye de manera sustantiva a comprender la percepción del tiempo y del espacio en ámbitos extracotidianos. Pensar esas dimensiones al interior de la experiencia festiva, del ejercicio teatral o dancístico, haciendo abstracción del ámbito de la vida funcional, abre la posibilidad de entrever la singularidad en la percepción extra-ordinaria de estas dimensiones, como una peculiar desintegración de la lógica productiva. Es ésta una propuesta fundamental para la comprensión de otras culturas y la propia.

A través de una acuciosa lectura de la crítica de la representación, Juan Carlos Segura se interroga acerca de los límites y consecuencias teóricas de la incorporación analógica de nociones, en el teatro y en el ritual, se pregunta hasta dónde debemos aplicar la metáfora.

Hemos aventurado un diálogo caminando por senderos poco frecuentados. Muchas fueron las respuestas, más todavía las interrogantes que aún resuenan y se extienden hasta este espacio de reflexión que es *Cuiculco*.

Del impulso aquel que nos mueve a interrogar profundamente acerca de las prácticas estéticas, el arte y su importancia en la vida de los hombres, estamos seguros se desprenderán nuevos impulsos para dar continuidad a este diálogo que a penas iniciamos.

Elizabeth Araiza H.